

Pestañeo, pestañeo, abro los ojos despacio, a la velocidad que me permite el peso de mis párpados. Veo borroso, no llevo puestas las gafas. Un ligero mareo se apodera de mí y noto mi corazón palpar a un ritmo que no he percibido nunca.

Las dioptrías que me acompañan desde pequeña no ayudan a distinguir dónde me encuentro, pero sé que es desconocido para mí y me aterra. Mi cuerpo intenta moverse y escapar de allí, de unas cuerdas invisibles que me mantienen postrada, inmóvil, sin capacidad de escapatoria.

—¿Qué clase de pesadilla es esta? ¡Despierta Shila! —grito desesperada sin saber si el sonido proviene de mis cuerdas vocales o es producto de mi imaginación.

Estoy inmersa en averiguar qué me está ocurriendo cuando escucho pisadas que poco a poco van acortando la distancia con la posición en la que me hallo. Decido mantener la calma; calma impostada la cual desconozco por cuánto tiempo podría mantener. Una presencia comienza a rodearme. Camina lentamente, pasos cortos, firmes y desafiantes. Me siento un conejillo siendo acorralado por un animal feroz preparado para abalanzarse sobre mí.

Opto por enmudecer. La sensación de miedo e indefensión es indescriptible; nunca me he sentido de aquella manera. Me encuentro absorta en mis pensamientos que, súbitamente, se detienen al sentir el calor de su aliento cerca de mi nuca.

—Esto no es un sueño Shila, es un secuestro —murmura una voz grave, áspera.

Tiemblo, dudo si preguntar, pero no me da tiempo ya que continúa hablando.

—Ahora me perteneces, nos perteneces, y desde hoy vivirás aquí. Tu tiempo es nuestro, tus expectativas, tu futuro —sentencia con un susurro que me hiela la sangre.

Se posiciona frente a mí y me entrega mis lentes. Con ellas puestas puedo ver a ese ser que me había arrebatado mi libertad de un plumazo. El paraje es tenebroso; a pesar de ello, observo que viste con una especie de túnica oscura con capucha. Tras él, hay más individuos cubiertos con ese traje que no me quitan la vista de encima. Repiten en bucle unas palabras que no logro entender: *dubitationem, timor, mortem*. Un mantra que se ancla a lo más profundo de mi pensamiento.

—Desde hoy vestirás como nosotros, de negro y llevarás el pelo rapado. Dejarás de ser quien eras —manifiesta con tono serio.

Con lo único que soy capaz de responderle es con lágrimas. Pienso en mi familia, amigos, en los planes que tenía por hacer.

Los días se hacen eternos, no existe iluminación alguna y siempre hay tormenta. El viento sopla muy fuerte, como un huracán que debe ser el que se ha llevado las sonrisas de quienes aquí habitan, salvo una.

—Hola Shila, mi nombre es Esperanza y voy a ayudarte —dice amablemente mientras me tiende la mano—. Tenemos que apresurarnos en escapar de aquí.

Me aferro a ella sin pensar, no tengo nada que perder, y sin mirar atrás viajamos a la velocidad de la luz hasta un lugar del que no he escuchado antes hablar.

—Bienvenida a HUF Shila. Este es el planeta en el que vivo. —Me indica señalándome con el dedo un inmenso mundo en el que el sol brilla constantemente.

Llama mi atención que sus habitantes visten de verde, blanco, azul, naranja y burdeos. Colores muy vivos que representan el rol que cada cual desempeña, según me explica mi rescatadora.

—Será agotador, no voy a mentirte, pero todos te ayudaremos a recuperar lo que perdiste durante tu secuestro, tu identidad. Juntos construiremos el camino para que pasado un tiempo sigas hacia delante por tu cuenta —aseguró Esperanza guiándome a través de los edificios de HUF.

A la par que conozco a algunos de los residentes y me describen el procedimiento que debemos seguir, emociones positivas brotan de nuevo en mí. Ellos junto con Esperanza, forman un equipo antagónico al de mis secuestradores en el planeta Cáncer.

—No podemos borrar lo que has padecido allí, Shila; tu realidad ha cambiado. Trabajaremos lo más duro posible para que el presente y futuro sean tuyos. —Una mujer de mediana edad me informa desde su despacho decorado con una letra griega que parece un tridente.

Durante mi estancia en HUF me alojo en uno de sus hoteles con pensión completa para no tener que ocuparme de nada. Tras mi captura, mi deterioro físico es evidente, la báscula marca una cifra que asusta y el dolor me acompaña como mi sombra.

«¿Es posible lo que aquí me auguran?», me cuestiono mientras el espejo me devuelve la imagen demacrada de una persona que no reconozco.

Decido confiar y someterme al tratamiento que consideran más adecuado para mí. Me tatúan a lo largo del abdomen y diariamente me alimentan con un líquido en cuyas bolsas amarillas se lee inscrita la palabra: *Supervivencia*. Ese término me recuerda a un programa de televisión que solía ver en casa.

—¿Podré volver pronto a ella? —pregunto al chico que me ayuda con mi aseo personal y que, con algún chascarrillo, intenta hacerme soltar una carcajada.

En ese instante dos habitantes vestidos de verde y dos de blanco entran en mi habitación.

—Shila, tenemos buenas noticias —se apresura a decir uno de ellos.

—No hay rastro de lo que experimentaste durante tu cautiverio, puedes marcharte —comenta otro.

En este instante reconozco que me siento débil. Hago balance de lo sucedido y me abruma; lágrimas de felicidad rebosan de mis ojos que les observan con incredulidad.

—Es hora de que tomes las riendas de lo que dejaste antes del cautiverio. ¡Por nuestra parte, periódicamente esperamos tu visita para comprobar que todo sigue en orden! —exclamaron los cuatro al unísono.

Uno de ellos, Innova, me abraza fuerte y, junto a Esperanza, me acompaña hacia la salida. Una campana color cobre repiquetea cada vez que alguien abandona el edificio en el que me he hospedado en HUF. Mirándome fijamente, Esperanza me hace entrega de un papel con su teléfono manuscrito.

—Cuando los recuerdos del secuestro revoloteen por tu cabeza, ¡llámame!